

SERAFIN, el «Campanero»

La iglesia de Santa Catalina tenía una hermosa torre que era la más alta y bella de la ciudad. Desde su altura se dominaba no solo su perímetro, sino hasta los horizontes de su fértil huerta. Al campanario se subía por diez empinadas cuestas y una escalera de caracol que se desarrollaba dentro de una columna central de piedra, con cincuenta interminables peldaños, que eran el martirio y la penitencia de Serafín, el «Campanero», cuando tenía que subir, hasta en siete ocasiones algunos días, para dar los toques por los que se regían los tiempos litúrgicos, las labores y la vida de la ciudad.

–Esta escalera me va a matar un día –le decía Serafín a su perro *Golfo* mientras llegaba a las campanas echando el bofe.

Golfo era un perro callejero, pequeño, canelo, boca potente, puro músculo, pelo corto y rabo enroscado, que un día le siguió hasta su casa; y allí se quedó. A Serafín le gustaba su perro porque tenía un gran instinto y conocimiento. Decía de él que ni siquiera le faltaba hablar. Era un amigo inseparable.

Serafín conocía a sus cuatro campanas mejor que a Escolástica, su mujer. La que miraba a norte se llamaba «Candelaria» y la fundieron en Valencia. Sonaba bien la «Candelaria», pero era muy grande para el volteo y alguien tenía que ayudarle. Escolástica decía que mientras fue joven, que sí, que ella le ayudó, pero que ahora sus pies ya no estaban para subir a la torre. Por eso, la «Candelaria» se tocaba poco; solo en las grandes ocasiones y si el rancio de Ramón le ayudaba.

Ramón era un hombre huraño, poco hablador, al que le gustaba más el vino que las campanas. Ramón envidiaba a Serafín por ser este querido y respetado; «Y total para lo que hace..., tocar las campanas... ¡eso lo hace cualquiera!» –decía celoso.

La que miraba al sur se llamaba la de los «Inocentes». Era una campana pequeña y de sonido muy dulce porque, según decían, en su fundición habían aleado el bronce con gran cantidad de plata. La mandó fundir un miembro de la familia Riquelme –una de las más ricas de la ciudad–, cuando tres de sus nietos fallecieron en una

epidemia de cólera. En su faldón sonoro había escrito: **«Ananías, Azarías et Misael, benedícite Dóminum! (Dn 3,88) »**. Solo se tocaba, cuando un niño fallecía.

La campana que miraba a levante se llamaba la «Paloma» y había sido fundida en Murcia por Senac –que tenía la fundición en la calle del Pilar–. Era una campana de volteo fácil y su sonido agudo se escuchaba a varias leguas de distancia. Tenía la triste misión de avisar las veces que el río Segura venía crecido y los huertanos de la vega alta tocaban sus caracolas, alertando de la temible riada. Cuando esto ocurría, Serafín subía corriendo a la torre y hacía voltear a la «Paloma», como un loca, al tiempo que le gritaba:

Vuela, Palomica, vuela./ Vuela hasta la baja vega./ Avisale a mis huertanos,/ que el río, bramando llega.

Y la «Paloma», mensajera ella, blandiendo las alas de su yugo de madera, volaba llevando el mensaje. Y dicen, que hasta se le oía por Orihuela.

Por último, mirando a poniente, estaba la preferida de Serafín, la «Fuensanta», también llamada la «Catalana» por haber sido fundida en Reus. Tenía la «Fuensanta» una particularidad que solo Serafín conocía: cuando la fundieron, la parte del molde que conformaba su hueco interior, se desplazó, levemente, hacia uno de sus lados; esta excentricidad hizo que tuviese el labio más delgado en un extremo y, progresivamente, más grueso en el contrario, con lo cual, según donde golpeará el badajo, se podía obtener una nota musical u otra. Cuando Serafín estaba inspirado le sacaba unos toques únicos que era la admiración de sus vecinos y la envidia de otras parroquias; y por supuesto, de Ramón, que miraba con codicia cómo los agradecidos feligreses obsequiaban a Serafín con buenos reales y hasta con algunos doblones de plata.

Serafín, como todos los campaneros, se estaba quedando sordo; ya no oía cuando, abajo en la misa, sonaban las campanillas al alzar a Dios, para responder con los preceptivos toques de su campana; pero no importaba, para eso estaba su fiel amigo «Golfo» que tenía muy buen oído.

Un día gris, Serafín tardó en bajar del campanario y «Golfo» llegó ladrando hasta la sacristía. Cuando subieron, encontraron a Serafín tendido en la escalera de caracol. Al entierro acudió todo el barrio y, estando allí, se escuchó un toque de difuntos que parecía tocado por un ángel: pausado, sereno, armonioso... La gente miró sorprendida hacia la torre y don Telesforo, el párroco, pensó: «Se nos ha ido un Serafín, pero nos ha dejado un Ramón que parece que toca mejor. Qué raro... ¡bendito sea Dios!»

Cuando volvían del cementerio, don Telesforo se encontró con Ramón, que estaba en la puerta de la taberna, y llamándolo le dijo: «Desde ahora tú serás el campanero».

Por la mañana subió Ramón a la torre para tocar a Laudes. Fue algo horrible. Las campanas sonaron como si las golpearan los mismos demonios. Y así siguió ocurriendo durante muchos días, hasta que los vecinos, lamentándose, se quejaron a don Telesforo.

—¡Tened paciencia, tened paciencia! ¿No os acordáis de cuando Ramón tocó en el entierro de Serafín? Veréis cómo todo vuelve a ser igual —les consolaba el párroco.

Pero no había manera de que sonaran siempre bien; y así, se fueron alternando toques infernales con algunos pocos angelicales.

Una noche, iba don Telesforo camino de su iglesia escuchando lo bien que sus campanas llamaban a Novena. Pasó por la puerta de la taberna y allí, apoyado en el quicio de la puerta, vio a Ramón, ebrio, haciendo equilibrios para no caer al suelo.

—Pero Ramón ¿qué haces aquí y en este estado? ¿Quién toca entonces las campanas? No obtuvo respuesta.

Cuando terminó la Novena llamó a Escolástica, la viuda de Serafín, para preguntarle si había sido ella la que había tocado las campanas.

—Don Telesforo, ¿está usted de broma? Yo no puedo subir ni siquiera dos de las cuestas y, aunque me subieran en parihuelas, nunca podría tocar tan bien como lo ha hecho Ramón. ¡Qué bien le enseñó mi difunto Serafín!.

Don Telesforo, ante tan extraño suceso, prohibió a Ramón que al día siguiente subiera a la torre. El resultado fue que las campanas sonaron maravillosamente. Cuando alguien subía a la torre, las campanas no sonaban; cuando las tocaba Ramón sonaban infernales; pero cuando no había nadie, las campanas cantaban solas.

La gente empezó a decir que aquello era un milagro y que el espíritu de Serafín se había quedado en sus campanas. La iglesia se llenaba, y su fama se extendió por toda la comarca.

El Obispo llamó a consultas al párroco, y don Telesforo le dijo que Serafín había sido un buen hombre, pero que para santo..., santo..., francamente no lo veía; aunque aquél misterio no tuviera explicación alguna. Decidió el Obispo celebrar una misa mayor en aquella parroquia y ser testigo del supuesto *milagro*.

Por aquellas fechas, andaba el prelado en disputas con el Corregidor, y estaba urdiendo una serie de intrigas, para ponerlo en evidencia.

El día de la misa, con la iglesia rebotante, todo transcurría con normalidad y los toques de campanas se fueron sucediendo con orden y concierto. En el momento de la consagración, al alzar a Dios, sonaron unos tañidos que no eran los habituales. Cuando puso rodilla en tierra se volvieron a escuchar los mismos tañidos. El Obispo y el párroco se miraron extrañados y, al elevar el Cáliz, volvió a sonar aquél toque que producía un arpegio con las notas musicales: **Sol, La, Do, Re, Mi**, repetidas tres veces y el Obispo, sorprendido, empezó a comprender. Al arrodillarse, se volvió escuchar el toque con mayor estrépito. El Obispo entonces, sin levantarse del suelo, recordó el himno litúrgico «**Ut queant laxis**» de donde, en su tiempo, se obtuvieron los nombres de las notas musicales, y las notas, así leídas, decían: «**Solve polluti; Labii reatum; Ut queant laxis; Resonare fibris; Mira gestorum**», lo que tradujo como: «*Deshaz el embrollo de tus manchados labios para que puedan, con toda su voz, cantar mis maravillas*». El Obispo, se acordó de las intrigas que estaba tramando contra el Corregidor, y lloró arrepentido ante aquél *milagro*, tan secreto y personal, que le denunciaba su pecado. Los feligreses, sin llegar a comprender, estaban asombrados.

Las campanas siguieron sonando solas durante mucho tiempo y el Obispo emitió un informe a Roma del que esperaba respuesta.

Una noche, una gran nube negra ciñó a toda la ciudad y su huerta amenazando con descargar la dañina granizada. Los huertanos, miraban al cielo temerosos y rezaban a Santa Bárbara para que la terrible nube no les arrojara su letal carga, porque supondría el hambre para sus hijos y la desgracia para la ciudad. Entonces, la «Fuensanta», comenzó a repicar tocando a Conjuro con enormes y rápidos tañidos. La gente decía: «¡Es una locura que suene así la campana con este tiempo! ¡Atraerá hacia nosotros al rayo!». De pronto, restalló el más tremendo de los truenos, seguido de un ensordecedor golpe de campana, que se escuchó en toda la huerta. Después, un absoluto silencio. La temible nube, partiéndose en dos, se alejó con su fatídica carga.

A la mañana siguiente, don Telesforo subió al campanario y vio que la «Fuensanta» tenía una gran raja y estaba chamuscada en su interior. Era evidente: había convocado al rayo, lo atrajo hacia ella, lo atrapó en su interior y lo hizo resonar antes de descargarlo a tierra por el badajo. En el suelo había un trozo de cuerda unido a una extraña masa. Se agachó y vio que era carne y piel carbonizada. Don Telesforo, comprendió entonces aquél inexplicable misterio y mirando al cielo exclamó: «Dímelo tú Señor: ¿Es, o no es, esto un *milagro*?»

La gente decía que éste había sido el último milagro de Serafín, porque tocando la campana les había salvado de la ruina, y ahora, que su «Fuensanta» había quedado inútil, Serafín se había marchado definitivamente al cielo.

Así se fue gestando la leyenda del *milagro* de Serafín «el Campanero», que todos comentaban admirados; pero nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta de que, por las calles y mercados de la ciudad, ya no se veía deambular a *Golfo*, el perro, fiel amigo, de Serafín, el «Campanero».

Nadie, excepto don Telesforo.